

Domingo I de Adviento Ciclo B



3 de diciembre de 2023

Is 63, 16-17. 19; 64, 2-7

Sal 79

1Cor 1, 3-9

Mc 13, 33-37

P. Eduardo Suanzes, msp

Creo yo que cometeríamos un error de bulto si dijéramos: «otra vez el Adviento»; porque este es el peligro de los tiempos litúrgicos: el vivirlos desde el «otra vez». El Adviento es una ventana que se abre en nuestra habitación oscura y se abre, precisamente, porque está oscura, porque necesitamos luz. Pensar, vivir, decir que no necesitamos luz porque ya vemos es estar a oscuras, es estar dormidos. Esa ventana, al abrirse inunda de nueva luz el espacio en el que vivimos, introduciéndonos a paisajes insospechados. El error de bulto, como digo, sería pensar que «otra vez» se nos abrirá la misma ventana y se nos mostrará el mismo paisaje del año pasado, porque eso es vivir con la ventana cerrada. Vivir del pasado, traer el pasado, que no existe, al presente para alimentarnos de él es estar dormidos y permanecer con la ventana cerrada, por mucho que engañosamente nos diga que está abierta. Por tanto, es imprescindible que estemos alerta, que nos levantemos de la cama y vayamos a la ventana para abrirla. Nada de luces eléctricas y artificiales. El Adviento es tener esa experiencia de estar en el campo y al amanecer abrir de par en par las ventanas para dejar que «la gracia de Dios» (como decía mi abuela) inunde la casa.

En la primera lectura de Isaías hay un versículo que expresa perfectamente este sentimiento del alma que es como la necesidad de que se abra la ventana y entre la luz; dirigiéndose a Dios, el profeta grita: « ¡Ojalá rasgaras los cielos y bajaras!». Y es que después de los profetas el pueblo de Israel tenía la sensación de que el cielo se había cerrado; ya no había comunicaciones de Dios, como si el pueblo hubiera caído en el vacío. Si se dan cuenta, esta misma expresión es la que se utiliza luego durante el bautismo de Jesús: «El cielo se rasgó y el Espíritu Santo descendió...». Entonces el cielo ya se abrirá definitivamente.

Eso es precisamente el Adviento: el deseo de que el cielo se rasgue sobre nosotros, pero que se rasgue no para que nos quedemos como estamos, sino para que la comunicación y la unión con Dios sea completa. Porque entendemos que ahí está la clave de nuestra vida, la explicación de todo. Por eso Pablo, en la Segunda Lectura nos dice que nuestra vocación, lo que estamos llamados a ser, es *«a la unión con su hijo Jesucristo, y Dios es fiel»*

En el Evangelio, en realidad, Jesús comienza (más fuertemente de lo que hemos oído que la liturgia nos dice) advirtiendo a sus discípulos de que no caigan en un peligro diciendo: *«Ándense con cuidado, ahuyenten el sueño, que no saben cuándo va a ser el momento»*. *«¡Ándense con cuidado!»*. Jesús está advirtiendo de un peligro. ¿De qué peligro se trata?¹

Fíjense: dicen los psicólogos que lo característico del sueño es la confusión, y no sólo eso, sin el vivir coherentemente con la confusión. En los sueños hacemos coherente lo incoherente,

¹ ...voy a recoger la idea que expuse el día de ayer porque es perfectamente aplicable al día de hoy.

el inconsciente hace florecer unas imágenes, las que sean, y nuestra mente las vive, y genera sentimientos y sensaciones, incluso, sin cuestionarlas, viviéndolas coherentemente. De hecho, cuando estamos dormidos, confundimos lo que aparece en nuestra mente con la realidad, sin ser conscientes de que es el propio soñador el que crea el mundo onírico al que, mientras dura el sueño, toma como real. Así, por ejemplo, en el sueño podemos volar y no lo cuestionamos viéndolo como natural: lo incoherente lo administramos como verdadero y real.

Es solo al despertar cuando nos damos cuenta de lo ocurrido. En ese momento, desaparece la confusión y sonreímos ante el recuerdo de las imágenes que había proyectado el inconsciente y que habíamos tomado como reales. El que nos riamos no es otra cosa que el efecto de la comprensión y el signo de la liberación frente a las fantasías oníricas. El loco, el demente, por ejemplo, no establece esa distinción entre el mundo del inconsciente y la realidad y lo vive todo coherentemente. Por eso la queja del profeta en la Primera Lectura: « *Nadie salía del letargo para adherirse a ti*». « ¡Estábamos locos, no distinguíamos la realidad, estábamos sumergidos en el sueño, aletargados! Así era imposible adherirse a ti que vives en lo más íntimo de mí». «*Éramos como hojas marchitas y nuestras culpas nos arrebataban como el viento*», «como esas hojas que se han separado del tronco firme y fuerte que les da sentido y alimento; nuestro pecado nos ha arrancado de ti» Eso es estar dormido.

Pues bien, Jesús nos advierte del peligro de confundirnos, porque eso sucederá si nos dormimos. Y el Adviento es el tiempo para mantenernos despiertos, y bien despiertos, viviendo lo que realmente somos y lo que de Dios hay en mí: ése es mi verdadero ser. Porque estar despiertos es la condición mínima indispensable para desarrollar nuestra humanidad. El engaño es que creemos que estamos despiertos porque lo estamos para todo lo que pasa; para lo material, para los negocios, para lo que vende la sociedad neoliberal de consumo en la que estamos sumergidos...Precisamente, esa excesiva preocupación por lo material es lo que la Palabra de Dios llama «estar dormido». Es difícil llegar a nuestro interior estando sobreexcitados por un mundo que nos saca de nosotros mismos para llevarnos a él y así impedir que desarrollemos nuestra humanidad.

A mi entender, esta actitud es la que espera Jesús de los suyos. Ir al interior, a mi verdadero ser, « ¡despertarme!», es lo que tengo que vivir. Y es que a Jesús le preocupa cómo viviremos sus seguidores después de que Él se haya ido. Por eso les insiste: « *¡Miren, vivan despiertos...!*». Y les cuenta una pequeña parábola.

La gran preocupación de Jesús es que su Iglesia se duerma. Por eso les insiste hasta tres veces: «*Vivan despiertos*». Es decir, todos los cristianos nos tenemos que sentir responsables y abandonar la pasividad: actuar tomando iniciativas responsables. Por eso el Adviento comienza con esta llamada de alerta, porque se trata de vivir a tope nuestra existencia, **completamente lúcidos**, y no que pase nuestra vida sin pena ni gloria. Hemos de vivir lo que realmente somos: hemos de estar despiertos. Vamos, que Dios está viniendo a cada instante pero **sólo el que está verdaderamente despierto** puede darse cuenta de su presencia.